

MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS.

RELIGION.—Elojio de don Casimiro Vargas; el periódico católico.—Discurso leído por el presbítero don Crescencio Errázuriz en el acto de su incorporación a la Facultad de teología i ciencias sagradas, en sesión de 29 de agosto de 1872.

Os llebo, señores, la espresion de mi profunda gratitud por haberme llamado a tomar un asiento entre vosotros i por haberme elegido en reemplazo del señor don Casimiro Vargas. Mientras mayor es mi convencimiento de la imposibilidad en que estoy de ocupar dignamente el lugar del amigo querido i del prelado cuya muerte deploramos todos, mas grande será tambien el empeño con que procure corresponder a vuestra benevolencia.

El señor don Casimiro Vargas es uno de esos pocos hombres que no han menester de un biógrafo para que su memoria se conserve: la ha dejado grabada para siempre en numerosos e importantes trabajos. Su vida, demasíado corta para sus amigos, fué muy llena para la iglesia i ante Dios, que se ha servido llamarlo a recibir el premio, cuando todos aguardábamos grandes bienes de su permanencia entre nosotros.

Nacido el 3 de marzo de 1826, recibió de sus piadosos i distinguidos padres el ejemplo i las lecciones de la mas severa virtud.

Dios lo destinaba a ser un modelo en el sacerdocio i adornó desde el principio su alma de las dotes que constituyen una inteligencia privilegiada i un piadoso corazon.

Después de haber cursado derecho en la Universidad, se dió de preferencia a los estudios sagrados para prepararse al sacerdocio, que recibió el 10 de abril de 1852.

En los veinte años que tuvo para ejercer su ministerio se dió

dicó con teson al cumplimiento de sus múltiples obligaciones i figuró siempre en primera línea. El púlpito i el confesonario lo ocuparon desde el primer día hasta el último de su vida i lo hacen inolvidable para aquellos que tuvieron la felicidad de ponerse bajo su direccion o de escuchar a menudo la sabiduría de su palabra llena de atractivos. No se contentó con defender en la cátedra sagrada los principios salvadores de la sociedad; descendió tambien a la prensa i mereció ser contado entre los mas distinguidos redactores de *La revista católica*; se dedicó a la instruccion; desempeñó la cátedra de teología moral en el seminario i, llamado a formar parte de vuestra Facultad, obtuvo dos veces consecutivas el honor de vuestros sufragios para el decanato, que ocupó hasta su muerte.

Pero sobre todo se distinguió el señor Vargas como prelado. El año 1854 comenzó a formar parte de la administracion eclesiástica, desempeñando sucesivamente los destinos de promotor fiscal, defensor de matrimonios i provicario del arzobispado. Desde el 20 de enero de 1859 fué vicario jeneral; i durante los dos viajes que ha hecho el señor arzobispo a Europa, el señor Vargas quedó de gobernador de la arquidiócesis, en union con el actual señor obispo de Himeria.

En los trece años que estuvo asociado al gobierno eclesiástico de Santiago mostró siempre todas las cualidades que constituyen al verdadero prelado; los que fuimos sus súbditos jamás dejamos de ser sus amigos i él era el único que ansiaba por volver a la tranquilidad de la vida privada i por verse libre del peso de un cargo que tan dignamente desempeñaba.

La noticia de su muerte, acuecida casi súbitamente en la noche del 27 de enero del presente año, vino a llenar de consternacion al clero i a toda la sociedad, en la que era universalmente estimado i respetado.

Al hacer, en cumplimiento del deber que me imponen los estatutos universitarios, el descarnado resúmen de su vida, no ha sido, señores, mi intencion el traer su recuerdo a vuestra memoria: bien sabia que no necesitaba pronunciar el nombre del señor don Casimiro Vargas Fontecilla para que todos vosotros tuvierais muy presente al distinguido compañero que habeis perdido.

I.

Entre los muchos asuntos de vital interés para la iglesia que podia escojer como materia de mi discurso de incorporacion, he preferido, señores, uno cuya importancia i utilidad es universalmente reconocida en el presente siglo: voi a tratar del periódico católico.

Fácil me será demostrar cuán necesario es en los tiempos de ruda lucha que atravesamos, i señalaré tambien los principales deberes que han de cumplir sus redactores para que el periódico llegue a ser el verdadero defensor del catolicismo i de la sociedad.

II.

“Conozco la prensa i, si en mi mano estuviese regalarla al mundo, vacilaria indudablemente i es probable que me abstuviera de dársela (1).” Estas palabras las escribia, señores, el mas ilustre de los periodistas católicos; un hombre a quien la posteridad contará sin duda entre los apolojistas de la religion; que ha pasado cerca de medio siglo siempre en la brecha como bueno i leal soldado, despreciando los halagos de los unos i las injurias i amenazas de los otros, sin dejarse jamás deslumbrar por los laureles que en luchas continuas ha sabido constantemente cojer. I cuando la prensa diaria lo ha elevado a la altura en que se encuentra i cuando ella le ha permitido hacer tantos i tan eminentes servicios a la causa de la verdad, a cuya defensa ha consagrado su vida; todavía, al echar una mirada al profundo trastorno moral que por todas partes reina en la tierra, llega a dudar de la utilidad de un medio de que él se ha servido tan noblemente i, apesar de conocer como nadie sus ventajas, quizá prefiriera en bien del mundo que no existiese la imprenta.

¡Oh! sin duda, la imprenta es, entre los medios materiales, el primer elemento de civilizacion. Puesta al servicio de la verdad, esparce por do quiera su conocimiento; comunica con ra-

(1) Luis Veuillot, *Les Odeurs de Paris*, libro I, páj. 31 de la primera edición.

pidez el fruto de las mas cultivadas inteligencias; estiende la ilustracion i debiera ser el lazo mas sólido, el verdadero lenguaje universal, de esa gran familia que se llama humanidad.

Pero tambien, solo comparable a los beneficios que puede hacer es, señores, el mal que causa cuando en lugar de ser portavoz de la verdad, del deber i de la ciencia se constituye en emisario de la pasion i del error. Entonces, la predicacion del vicio, la defensa i enseñanza de la mentira, toman proporciones capaces de alarmar a toda sociedad bien organizada, pues tarde o temprano han de producir, como lójica e inevitable consecuencia, la desmoralizacion del individuo i la relajacion de todos los lazos sociales. Porque, señores, no es posible la existencia de una sociedad sin la posesion mas o menos completa de la verdad: alcanzada por la inteligencia, forma la copia de nuestros conocimientos religiosos, morales, científicos; abrazada por la voluntad, se trasforma en el cumplimiento de los deberes, en el respeto de todos los derechos.

De allí nace la inmensa culpabilidad del que se propone estraviar la inteligencia o corromper el corazon del pueblo, i el peligro inminente de las publicaciones que atacan las creencias o la moral. Pero entre esas publicaciones hai algunas que, por su forma especial, por la facilidad que tienen para llegar a manos de todos i por muchas otras condiciones que les son propias, han venido a constituir en nuestro tiempo un poder terrible i una amenaza constante contra cuanto forma la felicidad del individuo i de los pueblos honrados: esas publicaciones son los malos diarios.

En la febril actividad que parece el carácter distintivo del presente siglo, desempeña el periódico un importantísimo papel i su lectura llega a ser necesaria para casi todos los hombres de cualquier clase i condicion que sean.

El industrial, el agricultor, el comerciante va a buscar en sus columnas el alza o baja de los frutos, las transacciones habidas, el movimiento de la plaza, i todo lo encuentra diariamente, sin salir de su casa, sin tomarse otro trabajo que tender la mano para cojer el número que le lleva el repartidor.

¿Dejará el político un solo dia de leer su periódico?

Si es hombre público o tiene alguna influencia en la cosa

pública, ha de saber qué aceptación ha merecido tal medida; cómo se juzga por amigos i adversarios acerca de la oportunidad i justicia de tal otra, en qué razones se apoyan las que encuentran conveniente adoptar ciertos arbitrios que él cree funestos al bienestar nacional. I esto no sucede solo raras veces; esas medidas, esos proyectos no se presentan a la discusión cada año; es el pan cotidiano del sistema representativo, tal como hoy se practica; no pasa semana sin que un nuevo asunto (cada cual mas grave, mas importante i de mas vitales consecuencias, al decir de los políticos) no venga a ocupar la imaginación del público i hacer jimir las prensas con cien escritos en pro i en contra.

I si de los hombres públicos pasamos a los que aspiran a serlo, a los políticos de afición i a esa multitud que se cree llamada a rejir los destinos de la patria, siendo así que muchos de ellos, carecen de las aptitudes necesarias para vivir de su trabajo o prefieren a todo la ociosidad del polizón; si llegamos a ellos, ¡ha! no pueden vivir sin el periódico i creen sinceramente que, si dejaran un día de leerlo i de saber lo que ocurre, todo andaría mal; en dos días peligraría la república.

Esta necesidad del periódico, que tiene mucho de ficticio, se estiende a todos. El artesano, el sirviente doméstico, la pobre mujer que apenas puede vivir de su trabajo, no hai nadie que no quiera leer lo que dice el diario, i muchos, que saben solo deletrear, no se satisfacen mientras no toman en las manos el deseado papel para engañar con poco mas que su contacto la importante curiosidad de su ilustrado patriotismo.

En el mayor número es algo como una terrible epidemia, algo semejante a una monomanía social.

Pues bien, señores, esto supuesto, ¿qué gravísimos males no puede ocasionar un periódico malo? Por desgracia, no tenemos que ir al campo de las suposiciones para darnos cuenta del modo como atacan lo mas respetable i de la guerra impia que saben declarar a los principios sociales i relijiosos. Es un mal que, si bien en Chile no ha tomado hasta hoy las espantosas proporciones que en otros países, se va haciendo cada vez mas amenazador i patentizando en muchas maneras los desgraciados frutos de la mas triste propaganda.

¿Qué respetan? Se atreven a llamarse católicos i muestran

todos los días su odio a la iglesia, a sus instituciones venerandas, al papa, a los obispos, al clero, a cuanto mas o menos se halla ligado con nuestra santa religion. Sea cual fuere la resolucion que la iglesia dé a un asunto cualquiera, es seguro que los malos periódicos la atacan con destemplanza; no hai un hombre querido para los fieles que entre ellos no sea detestado; no hai desgraciado alguno que persiga a nuestra santa madre sin obtener por el mismo hecho sus simpatias; i para ser considerado por ellos católico ilustrado basta separarse de la comunión de la iglesia i de la obediencia debida a sus pastores. Ninguno de vosotros, señores, os equivocais al auunciar que tal i tal periódico ha de alabar a tal personaje a quien solo conoce por su rebelion i ha de reproducir toda suerte de injurias contra el que ha sabido mantenerse fiel.

Es un sistema, i un sistema seguido con constancia incomprendible para quien no conozca que es solo la manifestacion parcial de esa eterna i desesperada lucha que declaró el primer rebelde al Creador.

No hai arma ni medio vedado para quien se propone solo destruir: la calumnia, la injuria procaz, la deslealtad campean amenudo en estos papeles que tienen asegurada la impunidad.

Juzgan todas las cosas a primera vista i son siempre infalibles. En las mil i una materias tratadas por esos periódicos ¿habeis visto a alguno que haya confesado alguna vez que se ha equivocado? ¿Por qué habrian de confesarlo tampoco? ¿Qué les importa la verdad?

Tales son, señores, los huéspedes que se reciben diariamente en muchas familias católicas. Un padre i una madre que creen un deber de conciencia impedir a su hijo frecuente una mala compañía; que considerarian una deshonra para la familia admitir en su saion a un hombre perdido, no temen poner en manos de una jóven inocente, no temen leer ellos mismos esos diarios que hacen gala de atacar lo mas respetable. Son bastante lijeros o indolentes para no reflexionar que ese amigo de todos los días ha de ir tomando cada vez mas influencia en el seno de su familia, ha de inocular en ella el virus de sus principios disolventes i producir muy pronto lamentables resultados.

A males tan graves ¿qué remedio deberá oponerse?

Sin duda, el primer remedio que se ocurre a todo buen ca-

tólico se encuentra en el cumplimiento exacto de sus obligaciones. La lectura de esos periódicos, como todas las malas lecturas, i mas aun que todas, les está prohibida por los deberes naturales i por los preceptos de la iglesia. Pero hemos visto la inmensa utilidad material del diario para todas las clases sociales; conocemos la necesidad que todos sienten de su lectura, ¿habrá muchos que, como buenos católicos, sepan sacrificar sus intereses, sus inclinaciones a la voz severa del deber? ¿Será siquiera prudente dejarlos espuestos a esta lucha casi heroica, apesar de su mezquindad real, en este siglo del positivismo? ¿Será prudente mantenerlos en cierto modo alejados de la cosa pública i colocarlos en la situacion mas desfavorable para atender a sus negocios i transacciones comerciales?

De ningun modo; i por eso, señores, católicos inteligentes e ilustrados han emprendido en todas partes del mundo el combatir el mal en el terreno de los hechos, presentar a los buenos el medio de tener las ventajas que tenian los malos i neutralizar en cuanto fuera posible el efecto de los errores, oponiéndoles la verdad i combatiéndolos sin tregua.

En oposicion a los malos diarios se han establecido los diarios buenos; en todas partes han nacido de la necesidad de defender los mas respetables intereses; en todas partes deben sostener los mismos principios i combatir a los mismos enemigos: esos principios son los que enseña la iglesia católica, esos enemigos son los de la iglesia católica.

Por lo tanto, un periódico católico es algo mas que una empresa mercantil i un interés individual: es una institucion creada con el alto fin de proteger a la sociedad i de esparcir la única instruccion sólida i fecunda, la que está fundada en la eterna verdad.

Todo católico debe mirarlo así, i como todos tienen el deber de propender a idénticos fines, todos se encuentran en la obligacion de favorecer i ayudar, en proporcion a sus fuerzas, a esos periódicos que los defienden a ellos mismos i sus intereses. Pequeñas rivalidades, intereses políticos i mercantiles, animosidad personal, todo debe desaparecer ante la gran causa para cuya defensa han sido creados esos diarios; cada cual ha de llevar su contingente a la lucha del bien contra el mal; ninguno puede cruzarse de brazos i mirar impasible el combate. Nues-

tra causa es la misma i nuestros esfuerzos deben encontrarse reunidos, i entonces seremos poderosos, no solo para nuestro bien, sino para el bien de aquellos a quienes habremos impedido hacer el mal.

III.

“Pero mientras mayores sean los beneficios que está llamado a hacer el periódico católico, mayores son tambien sus deberes, mas grandes las obligaciones que contrae para con la sociedad i para con la iglesia.

¿Cuáles son esos deberes?

Es ésta, señores, la parte mas importante del estudio con que en este momento ocupo vuestra atencion i deploro tener que circunscribirme, para no abusar de vuestra benevolencia, a límites demasiado estrechos.

La primera de todas las reglas para un periódico católico es proclamar ante el mundo la verdad, toda la verdad i solo la verdad.

Es mui noble ocupacion, señores, pero tambien es ardua tarea. Cada dia los malos diarios se dan el placer de negarla, ocultarla, disfrazarla; llaman en auxilio de sus esfuerzos a todos los intereses i todas las pasiones; no soportan una discusion razonada i acostumbran contestar con injurias i desnaturalizar las palabras i los pensamientos de sus adversarios. El periodista católico no debe jamás cansarse i ha de contar como otras tantas victorias alcanzadas cada uno de esos indignos subterfujios a que reduce a los enemigos de la buena causa; porque en los combates de la intelijencia, mas que en ninguno otro combate, dar un paso en falso i añadir un error mas a los antiguos errores es avasazar hácia una derrota cada vez mas próxima. Si el error fuera solo de concepto, esa derrota seria saludada por ambos combatientes como una victoria: seria el esplendor de la verdad después de noble lucha. Si al contrario, el error es hijo de la voluntad (i es por desgracia la negacion que encontrará a cada paso el periodista católico), entonces la victoria consistirá en desenvolver hasta sus últimas consecuencias las teorías que se empeñaban en presentar con halagüeño aspecto o, al menos, en hacer evidente la mala fé de un adversario que no se avergüenza de echar mano de tales recursos.

Si se da un periódico católico, por mucho que haga, jamás podrá contestar uno a uno los errores que en una discusión, sabe aglomerar la impiedad; i en ciertas ocasiones son tantos i tan repetidos que el hombre mas constante se siente quizá tentado a arrojar su pluma, impotente para oponerse al torrente corruptor. Es un engaño. Si bien habrá momentos en que Dios en su justicia permita, para castigar una sociedad culpable, que la pasión i la mentira oscurezcan la intelijencia i dominen los corazones, aun entonces no será perdido el esfuerzo jeneroso de quien publica la verdad. Tras la exaltacion de un corazon apasionado vendrá pronto el desengaño; como por encanto desaparecerá la nube de errores que oscurecia la intelijencia, i se comprenderá el eco de aquella valiente voz que todavia se escucha i que no ha contribuido poco a disipar las tinieblas.

Éstas no son, bien lo sabeis, señores, vanas teorías. La historia de la iglesia, tomada en cualquiera de sus épocas, suministra pruebas concluyentes a mis palabras. ¿Cuándo la verdad no ha sido terriblemente combatida? ¿Cuántas veces el católico, viendo el horizonte del todo cubierto por negras nubes i sintiendo a su alrededor rujir la tempestad no ha exclamado con san Pedro: “¡Señor, sálvanos; pereceremos!” I siempre la calma ha sucedido a la tormenta, la victoria al rudo combate; i mil veces, al ver siempre a la verdad triunfante, hemos podido creer que, como en el lago de Jenezaret, el Salvador nos decia: “¿Por qué has dudado?”.

En la lucha contra la impiedad tiene el escritor católico la incalculable ventaja de la fé. Dios ha prometido que su iglesia, es decir, la verdad jamás desaparecerá; i el cristiano, confortado con la divina palabra, cierto que todo faltará antes que ella nos engañe, marcha tranquilo i sereno al combate del deber, sin la incertidumbre de los demás combatientes, con la absoluta seguridad de la victoria.

Esta victoria no es una pequeña victoria personal: es el triunfo en el mundo de la buena causa; i a las veces el que en cien combates ha contribuido a prepararlo, no solo no alcanza a ver el resultado de sus esfuerzos, sino que quizá ha pagado con su vida los servicios hechos a la humanidad. Los anales contemporáneos de grandes pueblos muestran en páginas sangrientas que nada tiene que envidiar nuestro siglo a ninguno de los pasados.

Hoy, como en las peores épocas, el defensor de la verdad puede divisar al fin de su carrera al verdugo i el cadalso.

Pero ese porvenir no asusta al cristiano; no es un castigo: es su recompensa.

Las injurias, la persecucion, la muerte misma no son sine laureles que coje para la eternidad; sus enemigos en la tierra no pueden nada contra el único fin que él se propone, la única felicidad a que aspira. Solo pueden adelantar la hora del premio i, combinando con los suyos sus esfuerzos, hacerlo subir a una altura mucho mayor que la que habria alcanzado sin su involuntario auxilio. Por eso el verdadero defensor de la religion no tendrá que hacer ninguna violencia a sus propios sentimientos para cumplir con sus desgraciados adversarios el precepto de caridad proclamado en la cruz por el Salvador de los hombres.

I no es él solo quien coje el fruto de su trabajo. La verdad que él arroja al mundo no se pierde; tarde o temprano enjendrará un cristiano que será el continuador de su obra. Mas, si Dios, en su bondad, lo hace digno de regar ese jérmea con su propia sangre, esa sangre será sobre la tierra cual rocío bienhechor i la hará producir maravillosos frutos.

Pero, señores, si es cierto que el valiente i enérgico defensor de la verdad no puede hoy creerse en ninguna parte del mundo a cubierto del odio de los malos, al menos entre nosotros, gracias a la religiosidad de nuestro pueblo, es éste un peligro muy remoto i casi no debe contarse entre los obstáculos que ha de vencer el periodista católico en la obligacion que tiene de proclamar muy alto los principios enseñados por la iglesia. Hai otra clase de peligros, al parecer muy pequeños, que suelen tener decisiva influencia en la conducta de los escritores públicos i de los cuales el periodista católico debe guardarse mucho.

En nuestro siglo no son los talentos lo que falta, son los caracteres. Para cien hombres de capacidad se encontrará quizá un hombre de enerjía. I de esta especie de decadencia moral han resultado los mil sistemas de conciliacion con que se pretende contentar a todo el mundo i conquistarse la simpatia universal. El pronto desengaño que sigue siempre a sus esfuerzos no ha sido bastante para curar a los inventores de esos maravillosos específicos, ni ha puesto en guardia a muchos escritores católicos que en diversas partes del mundo han querido aplicar;

a las doctrinas religiosas los principios de la conciliacion.

Comienzan por evitar toda discusion acerca de ciertas verdades e instituciones de la iglesia, que los reiterados i calumniosos ataques de la impiedad han conseguido presentar ante los hombres superficiales como demasiado duras i comprometentes; en todo lo que no es de fé abrazan el partido que menos repugna a los adversarios, por esa sola consideracion; hacen toda clase de esfuerzos por explicar las decisiones de la iglesia, del modo mas aceptable para los que no quieren pertenecer a ella; temen ser confundidos con los que ellos llaman violentos e imprudentes porque prueban las verdades mas impopulares; i si alguna vez se ven obligados a tratarlas ellos mismos, maldicen en privado a los que ocasionan enojosas controversias i las tratan cuidando se conozca, por las concesiones que hacen a la impiedad, que si en su mano estuviera no existiria o no habria sucedido lo que el deber de católicos les obliga a defender. En una palabra, son católicos moderados que aman los grandes principios proclamados en los tiempos modernos i que cifran sus conatos en mostrar que no hai oposicion alguna entre el espíritu católico i el espíritu del siglo.

Las mas veces son ellos mismos victima de las ilusiones de su corazon i creen sinceramente que sus pobres industrias van a hacer amar de los malos las verdades de la fé i a atraerlos al seno de la iglesia. Tienen buena intencion: hé ahí la única alabanza que de estos escritores se puede hacer. Sin ella, deberia llamar impiedad a sus proyectos, que solo calificaré de ridículos.

En un católico ¿no es, a la verdad, suprema ridiculez el creerse en aptitud de conocer de tal modo el mundo i las necesidades de los hombres que pueda él solo escojer las verdades que conviene divulgar i cuáles deben callarse? ¿No seria impiedad el suponer que la iglesia perjudica con su enseñanza i que fuera mas oportuno guardarla para otras circunstancias o no decir la nunca?

¿Qué idea tienen esos hombres de la verdad i de la religion? ¿qué idea de sí mismos? El hábito de evitar un consonante, encontrar una palabra feliz i redondear una frase no basta para dar lecciones a la que Dios ha destinado para ser la maestra del mundo. La verdadera, la única prudencia del católico consiste

en seguir puntualmente la línea de conducta que le traza la iglesia, en proclamar los principios que ella proclama, en defenderlos como ella quiere sean defendidos. Todo lo demás son mezquinas arbitrios de la prudencia humana con que procura cubrir su cobardía un alma presuntuosa, i los resultados corresponden siempre a los medios de que se echa mano.

Jamás conseguirá ese escritor hacer amables a los impíos la relijion ni atraer uno solo a su seno. Recibirá, es cierto, muy amenudo sospechosas alabanzas; pero esas alabanzas se dirigirán a sus negociaciones i debilidades, no a las verdades que confiesa; lo que les agradará no es la relijion sino las teorías religiosas que el católico conciliador se empeña en presentarles como favorables a sus errores. Lo llamarán ilustrado i dirán que nadie sabe como él trabajar en favor de su relijion i harán votos porque el catolicismo entre en este camino i se ponga de acuerdo con las ideas del siglo.

¿Qué ha avanzado, pues? ¿Cuál es el fruto que ha sacado del minucioso i cobarde esmero con que procura evitar cualquier discusion *irritante*? Nadie puede ser católico sin que conozca i confiese esas verdades *impopulares*; precisamente son ellas casi siempre las que marcan las líneas de separacion entre los dos campos. ¿Cuáles es el fin que persigue entonces con su conducta? Uno solo i muy pequeño: su propia popularidad; el recibir los aplausos de los enemigos de su relijion, I este fin que (quizá engañándose a sí mismo con el bien de la relijion) se propone alcanzar por medios tan poco honrosos i a costa de tantos sacrificios; este fin tan miserable para quien se ha dedicado a la noble defensa de la verdad ¿podrá siquiera lisonjearse alguna vez de haberlo conseguido?

Nó, señores; ese escritor será siempre sospechoso para los impíos mientras conserve lazos de union con la iglesia de Cristo; sus concesiones serán miradas como concesiones del enemigo; se le exigirán cada vez mayores i, o dejará de ser católico, o vendrá momento en que, como sus hermanos, será tratado de fanático i de retrógrado i perderá de un golpe el fruto de sus tristes tareas.

Sin duda, será esto lo mejor que pueda sucederle i ojalá que entonces aprenda que el católico conciliador ni es católico ni concilia a ningun enemigo. Aunque conciliador, será siempre

católico para los libre pensadores i será siempre rechazado; sus hermanos, los hijos fieles de la iglesia, lo mirarán también como sospechoso a él i al pequeño círculo que haya logrado formarse.

¿Qué pretendéis conciliar? les preguntarán. ¿Quereis reconciliarnos con nuestros enemigos? No habemos menester para eso de vuestras lecciones: la relijion nos manda no tener ninguno. ¿Quereis conciliar sus doctrinas con las nuestras, es decir, el error con la verdad? Os separais de la iglesia; perdeis vuestro tiempo i os esponéis a perder vuestras almas. Vuestra prudencia no os aprovecha a vosotros, no aprovecha al mundo, ni aprovecha a la iglesia. Cuando toda la tierra yacia en las tinieblas del paganismo, el Hombre-Dios, sus apóstoles i discípulos i los millones de mártires que sellaron con su sangre la predicacion del evangelio no conocieron ni practicaron la prudencia que aconsejais. Fueron imprudentes segun el mundo, i por eso lo vencieron. El criterio de la iglesia no ha sido jamás el vuestro; sus doctrinas han estado siempre en pugna con las doctrinas de todos los siglos, i todos los siglos i sus doctrinas han pasado, i ella solo permanece. ¿Pensais que a las teorías del siglo presente les está reservada suerte distinta? No sois católicos si creéis que ellas deban sobreponerse a la iglesia. Nosotros lo somos; sabemos que jamás las puertas del infierno prevalecerán contra ella i sentimos un santo orgullo al proclamar ante el mundo lo que constituye nuestra fuerza i nuestra dicha.

IV.

Nunca, señores, ha estado reñida la relijion con el patriotismo; lejos de eso, ha elevado i mucho esa noble virtud cívica i ha puesto como el primer deber religioso-social la obligacion que cada uno de los ciudadanos tiene de contribuir, en la medida de sus fuerzas, a la defensa de la patria, al mejoramiento de sus instituciones, a todo lo que tiende a su prosperidad moral i material. El cristiano no puede en conciencia ser indiferente a la suerte de la sociedad de que forma parte; debe procurar que sus leyes sean conformes con los principios de eterna salud; debe influir para que los destinos de la nacion caigan en manos dignas de llevar tan honroso cargo; para que sus lejisladores comprendan su

alta mision i sepan respetar i hacer respetables todos los derechos, cumplan i hagan cumplir todos los deberes; el cristiano, en resumen, tiene obligacion de tomar parte en politica.

El último discurso que habeis oido, señores, ha demostrado majistralmente este punto; no necesito repetir sus argumentos que, esto cierto, recordais muy bien i solo me limitaré a observar especialmente la manera como el periódico católico ha de cumplir con este alto deber.

Tal como se encuentra constituida la sociedad moderna, la politica puede ser una de las cosas mas pequeñas i miserables o la ocupacion mas noble del ciudadano i especialmente del publicista. Debe, pues, el periódico católico conocer mucho el terreno que pisa i tener una regla invariable de conducta para aplicarla en las mil dificultades que diariamente ha de encontrar en su camino, i de ese modo mantenerse siempre a la altura que la religion i la sociedad exigen del que se proclama su defensor.

Mas, ¿qué principios políticos obedecerá él mismo? ¿Cuál será su partido, cuál su bandera? ¡Es tan difícil el distinguir los diversos matices que separan hoy a los partidos que por doquiera se levantan! I si casi todos cuentan con el concurso de mas o menos hombres dignos, ¿cómo se podrá reunir a los buenos bajo una sola bandera?

De un modo muy sencillo: dejando a un lado las banderas de todos los partidos i enarbolando el estandarte católico.

A su sombra podrán asilarse los corazones honrados, las nobles aspiraciones, las esperanzas jenerosas. La religion les ofrece el ideal mas bello del bienestar social; resuelve satisfactoriamente los grandes problemas que tanto ocupan la atencion de los hombres públicos, i les presenta principios ciertos, guias seguros para marchar por el confuso laberinto de las ciencias sociales.

Sí, señores, por hermosa que sea la bandera de algun partido político, por muy grandes servicios que haya prestado i continúe prestando a la causa de la verdad, jamás será tan hermosa como la nuestra ni habrá prestado al mundo los servicios del catolicismo. Lo que pueden tener de hermosos los estandartes de los demás partidos es solo aquello que tomen del nuestro; pero para admirar la verdad en su majestuoso conjunto es me-

nester recurrir a la iglesia, única que la posee por completo.

¿Qué mucho, entonces, que para llamar a los hombres buenos a un centro comun no vayamos a pedir hospitalidad a ningún partido i solo nos acojamos bajo nuestro estandarte?

Siempre que un partido defienda la verdad, será nuestro aliado; aceptaremos con gratitud su cooperacion; pero nunca nos comprometeremos a sostener sus demás ideas, nunca haremos nuestros sus intereses.

I en esta alianza (única a mi juicio que puede en circunstancias dadas ofrecer a los demás el partido católico) la reciprocidad falta solo en apariencia.

En todo partido político, verdaderamente digno del nombre de tal, deben distinguirse dos elementos mui diversos que entran en su formacion i sirven para separarlo de los otros i mantener la cohesion entre sus miembros. Esos elementos son los principios i los intereses. I a pesar de la ianensa superioridad de los primeros sobre los segundos, son los intereses i las afeciones los que en la mayoría de los casos se anteponen a los principios.

¿Cómo explicar de otra manera que bandos enteramente opuestos, enemigos encarnizados, empeñen grandes luchas llevando por mote programas casi idénticos? Si el interés, los compromisos, la amistad i, en una palabra, ese cúmulo de afectos que se denomina pasion política i que reúne en sí la fuerza i el poder de todas las pasiones que contribuyen a formarla, no llegaran a estraviar las intelijencias, ¿creeis que hombres honorables i honrados, ciudadanos dignos i probos, católicos sinceros, llegarían a aceptar las maniobras tortuosas i a las veces indignas que hacen necesarias las exigencias de bandería?

Así se comprenden tambien las muchas inconsecuencias que solemos ver en los hombres públicos. Si los buscamos en las filas de oposicion, los encontraremos a menudo teniendo por único anhelo el derrivar al adversario i reemplazarlo en su codiciado puesto; para conseguirlo, no importan los medios de que se echa mano i oimos audaces negaciones de lo que ayer se sostenía con calor.

Si, al contrario, los vamos a buscar entre los vencedores, vemos a mas de uno para quien la política no es, como dice el diccio-

nario, "el arte de gobernar, dar leyes i reglamentos para mantener la tranquilidad i seguridad pública i conservar el orden i buenas costumbres," sino simplemente el arte de mantenerse en su puesto i preparar el camino a otro mas elevado.

Al hablar así de nuestros partidos, no pretendo, señores, ponerlos a todos en la misma línea ni acusarlos indistintamente de idénticas inconsecuencias; pero tampoco creo haya muchos hombres públicos que puedan proclamarse completamente limpios de maniobras condenables ante los ojos de una inteligencia fria i desapasionada.

El partido católico ha de obrar de mui otra manera; no debe hacerse personal ni de círculo; no debe contar entre sus móviles ni los intereses ni las afecciones de los individuos: únicamente ha de tener en vista los intereses i el puro amor de la verdad. I esta situacion, cuyas desventajas saltan a la vista del mas miope en asuntos políticos, tiene en cambio ventajas mui reales i llegará a constituir toda su fuerza.

Desentendiéndose por completo de los mezquinos intereses de bandería, entrando de lleno en el terreno de los principios, se pondrá a la altura de la noble causa que procura servir i solo tendrá por enemigos a los que siempre i en todas partes son los enemigos de la verdad. En casi todos los partidos, lo repito, se encuentran católicos honrados a quienes estravia la pasion política; todos ellos verán claro cuál es el fin que nos proponemos; ninguno se sentirá injustamente herido en sus afecciones i habrán de confesarse que sus principios son los nuestros i que el órgano de nuestro partido defiende sus ideas i convicciones. Por eso os decía que en la alianza que podíamos a las veces proponer a los partidos, a pesar de no comprometernos a sostener sus intereses, habia verdadera reciprocidad. Aceptamos su ayuda; pero la aceptamos para defender la causa de todos los buenos.

¿Deberemos, segun esto, contentarnos con esa clase de alianzas? ¿Podrán los católicos permanecer tranquilos en otro partido que no sea el nuestro, es decir, el suyo? Nó, señores: es menester que cada uno esté con sus hermanos. Lo demás es un grave mal, cuyo pronto fin demandan el bien de la religion i de la patria.

Formarán el partido católico solo los católicos i todos los ca-

tólicos que tengan el honor de merecer ese nombre. A nadie se preguntará de dónde viene, a qué partido ha pertenecido. ¿Es católico ante todo? ¿Se halla dispuesto a combatir en favor de la verdad, a posponer a ella sus afecciones e intereses, o mas bien, a identificar sus intereses i afecciones con los de la iglesia? Desde ese mismo momento es de los nuestros i forma parte del partido católico.

Lejos de ser débiles los vínculos que unen a esos hombres, son los mas sólidos que pueden darse; son inmutables. La pasión, que hace cambiar a cada paso a nuestros adversarios, que es causa constante de division i disturbios, para nada entra en los móviles que han de impulsar a los católicos. Sin necesidad de consultarse, sin previo acuerdo, sabrán casi siempre todos ellos lo que deben pensar en un asunto dado, en qué sentido han de obrar i cuál es lo mas conveniente a la causa que defienden; porque para saberlo solo tienen que consultar su conciencia, examinar sus creencias i juzgar a la luz de principios inmutables el interés del momento.

Esto no significa, señores, que cualquier asunto político se halle de tal modo relacionado con la relijion que el católico tenga obligacion de pensar de una manera determinada i obrar uniformemente. Al contrario, creo que una de las primeras reglas de nuestro partido es el dejar la mayor amplitud a la libertad individual i el restringir su accion comun a aquellos negocios en los cuales se vea mui clara la utilidad de la relijion. El partido católico entre nosotros es el de todos los países i todos los tiempos; su programa no puede derivarse sino del *credo* de la iglesia; su lema hace quince siglos que fué escrito por san Agustín: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. ¿Qué importa que en materias económicas sea uno libre cambista o proteccionista, partidario o enemigo del voto acumulativo en leyes electorales? La diverjencia en estas cosas no rompe la unidad en lo esencial.

Esa libertad es la misma que la iglesia nos deja i una de las grandes fuentes de la belleza i armonia del catolicismo.

Pero todavía mas importante es otra regla a que ya me he referido: nuestro partido debe dejar siempre de lado los asuntos de pura bandería. No son dignos de quien se da a la defensa de

los verdaderos principios sociales i, si bien en los demás partidos, exaltando las pasiones, contribuyen poderosamente a mantener la cohesion entre sus miembros, en el nuestro dan origen a gravísimos males.

¿No será el primero el descrédito que, pasado el momento de exaltacion, ocasionan asuntos en los cuales claramente solo la pasion domina? Aun dado caso que los antecedentes sean ciertos i lejítimo el fin a que se aspira, esos medios del todo apasionados, necesariamente violentos, no pueden sino disgustar a muchos hombres dignos. Tienen, en verdad, perfecto derecho para pedir se guarde ese entusiasmo, esa energia para cuando estén de por medio, o bien los principios relijiosos, o al menos el interés bien entendido del partido, que jamás ha de confundirse con mezquinos intereses personales ni animosidades de ningun jénero.

No es menos grave el otro inconveniente de estos asuntos de mera bandería. Nuestro principal empeño ha de cifrarse en atraer a los hombres de creencias que se encuentran en los otros partidos i a quienes retienen la pasion política, los compromisos contraídos, las afecciones personales: debemos tenderles la mano del amigo, del hermano, por sobre los intereses momentáneos que hoy los apartan del puesto del deber. Los únicos partidos verdaderos, los únicos realmente separados por principios son el partido católico i el anti-católico; los amigos de la verdad i de la iglesia, los secuaces del error i enemigos del Cristo. Entre los mil matices políticos que en toda sociedad se descubren, ésas son las solas diferencias esenciales i está en nuestro interés, como en el interés de la sociedad, el separar cuanto antes esos dos campos. Ahora bien, el principal medio de atraer a esos hombres que permanecen fuera de su centro es el no agriar las pasiones que los ciegan, el quitar en cuanto sea posible del partido católico lo que no sean los principios, en lo cual todos los creyentes se encuentran necesariamente unidos.

Ciertamente, si bien los principios son nuestro lazo de union, no entran ellos solos en la formacion de un partido: de la lucha, de las necesidades del momento, de las conveniencias mismas de la relijion, nacen intereses i combinaciones que es preciso tener muy en cuenta i que contribuyen a dar al partido su fisonomía

propia i especial. Pero aun en estos casos, i principalmente en estos casos, es menester separar con cuidado lo que solo es hijo de la pasion de aquello que realmente mira el bien de la causa.

Así evitaremos que las diverjencias que mantienen alejados de nosotros a nuestros hermanos, tomen cada dia mas cuerpo, se aumenten las animosidades e impidan definitivamente que, reconociendo aquéllos su error, entren en las filas de los buenos.

Mientras permanezcan en cualquier partido que no sea el católico, por mas relijiosos que sean individualmente, no lo son como hombres públicos, anteponen lastimosamente las afeciones a las creencias i están lejos de confesar ante el mundo la fé de Jesucristo.

Por muchos deseos que tengamos de unirnos a ellos, no nos es lícito irlos a buscar a su campo, pues para elevarlos habríamos de elevar elementos e intereses opuestos al catolicismo. Cuanto podemos hacer en su favor, es facilitarles los medios de venir a los suyos, llamarlos i recibirlos como hermanos; no podemos hacer mas; pero debemos hacer eso.

Tal es, señores, en resúmen el anchuroso campo que diariamente puede recorrer el periódico católico. Como nadie tiene facilidad para propagar estas ideas salvadoras, para hacerlo con fruto necesita, después de estar firmemente posesionado de los principios relijiosos, mirar las cuestiones sociales a la luz clara i sublime de las enseñanzas de la iglesia i relegar lo demás, lo meramente político, al lugar secundario que por su naturaleza merece. En cuanto al interés de círculo, de bandería, debe encontrarse eternamente proscrito de sus columnas.

Levantar muy alto en ese sentido el estandarte católico; llamar a la lucha a todos los hombres dignos, a los que no piden a los destinos públicos sino al propio trabajo sus bienes i su influencia, a los que tienen en vista elevados principios; llamarlos a la lucha, mostrarles la obligacion en que se encuentran de combatir en favor de la buena causa; mostrarles que desconocen los primeros deberes del ciudadano si con su abstencion dejan a la sociedad en poder de los menos dignos de dirigir sus destinos i la colocan así en la pendiente de la desgracia i de la ruina; coordinar los esfuerzos de los buenos i utilizar los sacrificios: hé ahí, señores, la hermosa mision política del periódico católico.

V.

Del último de los deberes del periódico católico, no diré, señores, sino una palabra; porque no necesito entrar en muchos razonamientos para probar la perfecta i entera sumision en que debe estar de sus preladados.

El periodista no es en la iglesia de Cristo ni un jefe, ni siquiera un caporal: es un soldado i su deber está en la obediencia.

Hijo fiel de la iglesia, apreciará en mucho la noble tarea de defenderla contra los continuos ataques de la impiedad; pero tampoco olvidará un momento que no ha recibido mision alguna para aconsejar, dirigir o juzgar a sus superiores, a sus padres en la fé. Lo demás seria trastornar el órden establecido por Dios, introducir en la iglesia funestos jérmenes de rebelion i causarle males mucho mas graves que el bien que pudiera haber obtenido en una vida entera de lucha contra sus enemigos.

“En esteparticular, dice el sabio obispo de Orleans, Mgr. Dupanloup, en este particular ni el celo, ni el talento, ni la abnegacion misma pueden autorizar nada; porque está de por medio un gran principio católico: en la defensa de la verdad i en la direccion de las cosas relijiosas, cuanto se haga contrariando al órden jerárquico establecido por Jesucristo, cuanto contrarie las relaciones naturales i la subordinacion lejitima de las diversas partes de la iglesia, otro tanto concluirá siempre por producir el mal, por mas hermosas apariencias que al principio presente (1).”

Cualesquiera inconvenientes que en la práctica ofrezca esta sumision, ella es de absoluta necesidad. El periódico debe ser el eco de las ideas del partido católico, su órgano i representante para con amigos i enemigos. ¿Cómo puede entonces tener su direccion relijiosa otro que el jefe natural de ese partido, esto es, el obispo? ¿Quién sino él ha de mostrar a sus hijos la línea de conducta que deben seguir, los peligros que han de evitar, el fin a que es menester dirijan sus esfuerzos? Lo contrario seria poner en manos de los legos la direccion de la iglesia; seria destruir la obra de Dios.

(1) Pastoral del Obispo de Orleans, fecha 30 de mayo de 1857

I no se crea por esto que coloco al periodista en situación lamentable: se hallará en la condición de todos los fieles, ni más ni menos. Libre en cuanto no se refiere a la religión; súbdito sumiso en lo que a ella mira.

No necesito insistir en un punto de toda evidencia i que el gran periodista católico, cuyas palabras he citado al principio de mi discurso, resume de la manera siguiente:

“En otro tiempo habia menester la iglesia de un brazo secular; necesita hoi una voz secular. Seremos nosotros esa voz.

“Estamos de rodillas delante de Dios: ante los hombres, de pié. El que nos impone el deber de la obediencia, nos da fuerza para resistir (1).”

He querido presentaros, señores, el ideal del periódico católico, que tan gran bien está llamado a hacer a la iglesia i a la sociedad. Entre los diversos deberes que he notado, hai unos que son esenciales; a nadie, creo, se oculta la utilidad de los otros. Mientras mas los abrace en su conjunto, mas cumplirá el periódico con su alto fin i se hará mas acreedor a la gratitud de los católicos.

ORNITOLOGIA.—Sobre algunos pájaros chilenos.—Comunicación del subdirector del museo nacional don Luis Landbeck.

I. *Sterna Trudeaui*, Aud. i *Sterna Frobenii*, Ph. i Landb.

Los señores Sclater i Salvin han publicado en los *Proceedings of the zoological Society of London*, 1871, páj. 564 i sig., un trabajo de mucho mérito, intitulado: *A revised List of the Neotropical Laridae*, en el cual ponen la *Sterna Frobenii*, como simple sinónimo de la *Sterna Trudeaui* Aud., borrando así esta especie, que hemos descrito, el señor Philippi i yo, como especie nueva en el archivo de historia natural de Wiegmann, 1860, p. 125, del catálogo de las especies distintas.

El museo de Santiago posee de ambas especies un número de ejemplares con el plumaje de invierno i con el plumaje estival, suficiente para fijar los caracteres distintivos; así que podemos

(1) Luis Venillot, *Unives* del 17 de noviembre de 1813.